

con las buenas como con las malas acciones; y por esto, como lo he dicho más arriba, el Príncipe que quiere conservar sus dominios, está precisado con frecuencia á no ser bueno (48). Si aquella mayoría de hombres, cualquiera que ella sea, de soldados, de pueblo ó grandes, de la que piensas necesitar para mantenerte, está corrompida; debes seguir su humor y contentarla (49). Las buenas acciones que hicieras entonces, se volverían contra tí mismo (50).

Pero volvamos á Alejandro (Severo), que era de una tan grande bondad que, entre las demás alabanzas que de él hicieron, se halla la de no haber hecho morir á ninguno sin juicio en el espacio de catorce años que reinó. Estuvo expuesto á una conjuración del ejército, y pereció á sus golpes, porque habiéndose hecho mirar como un hombre de genio débil (51), y teniendo la fama de dejarse gobernar por su madre (52), se había hecho despreciable con esto.

[48] Y ellos no saben cesar de serlo. E.

(49) Es por cierto lo que quieren hacer; pero bastardean y desconocen la fuerza de su partido. E.

[50] Esto no puede dejar de sucederles. E.

(51) No puede uno evitar la reputación de ello, cuando es siempre bueno. E.

(52) Es mucho peor, cuando tiene la de serlo por Ministros ineptos ó desestimados. E.

Poniendo en oposición con las buenas prendas de estos Príncipes, el genio y conducta de Cómodo, Séptimo Severo, Caracalla y Maximino, los hallaremos muy crueles y rapaces. Para contentar ellos á los soldados, no perdonaron especie ninguna de injuria al pueblo; y todos, menos Severo, acabaron desgraciadamente. Pero éste tenía tanto valor que conservando con él la inclinación de los soldados, pudo, aunque oprimiendo á sus pueblos, reinar dichosamente [53]. Sus prendas le hacían tan admirable en el concepto de los unos y los otros, que los primeros permanecían asombrados en cierto modo hasta el grado de pasmo (54), y los segundos respetuosos y contentos [55].

Pero como las acciones de Séptimo tuvieron tanta grandeza cuanto podían tener ellas en un Príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente cómo supo diestramente hacer de zorra y león, lo cual le es necesario á un Príncipe, como ya lo he dicho (56).

[53] ¡Modelo sublime que no he cesado de contemplar! R. I.

[54] De modo que no admiraron más que en mí las grandes cosas que no hice más que por medio de ellos. R. I.

(55) El respeto y admiración hacen que ellos se contenten como si lo estuvieran. R. I.

[56] Y de lo que estuve convencido siempre. R. I.

Habiendo conocido Severo la cobardía de Didier Juliano, que acababa de hacerse proclamar Emperador, persuadió al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia, que el haría bien en marchar á Roma para vengar la muerte de Pertinax, asesinado por la guardia imperial ó pretoriana [57]. Evitando con este pretexto mostrar que él aspiraba al Imperio, arrastró á su ejército contra Roma, y llegó á Italia aun antes que se tuviera conocimiento de su partida [58]. Habiendo entrado en Roma, forzó al Senado atemorizado á nombrarle por Emperador [59] y fué muerto Didier Juliano [60], al que habían conferido esta dignidad [i]. Después de este

(57) Quise imitar este rasgo en fructidor [año de 1797]; cuando decía yo á mis soldados de Italia que el cuerpo legislativo había asesinado la libertad republicana en Francia; pero no pude conducirlos allá ni transportarme yo mismo. Errado el tiro en esta vez, no lo fué después. R. I.

(58) Se reconocerá aquí mi vuelta de Egipto. R. I.

[59] Se me nombró jefe de todas las tropas reunidas en París é inmediaciones, y el árbitro de ambos consejos por el pronto. R. I.

(60) Mi Didier no era más que el directorio: bastaba disolverle para destruirle. R. I.

(i) "El asesinato de un Príncipe es un crimen que su sucesor castiga siempre;" dice Tácito: *scelus cujus ultor est, quisquis successit* (Hist. 1.) "Obra así para asegurar su propia vida, todavía más que para vengar á su predecesor:" "Omnes conquiri et interfici jussit, non honore Galboe, sed tradito principibus more, munimentum ad proesens, in posterum ultionem (Ibid.)—David

primer principio, le quedaban á Severo dos dificultades por vencer para ser señor de todo el Imperio: la una en Asia, en que Niger, jefe de los Ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar Emperador; y la otra en la Gran Bretaña, por parte de Albino que aspiraba también al Imperio (61). Teniendo por peligroso el declararse al mismo tiempo como enemigo, de uno y otro, tomó la resolución de engañar al segundo mientras atacara al primero (62). En su consecuencia, escribió á Albino para decirle que habiendo sido elegido Emperador por el Sena-

(61) Mi Niger no fué mas que Barras, y mi Albino no era mas que Sieyes. No eran formidables; cada uno de ellos no obraba por su propia cuenta, y quería yo que se diferenciassen en su fin. El primero quería restablecer al Rey; y el segundo entronizar al Elector de Brunswick. Pero yo quería otra cosa; y Séptimo, en mi lugar no hubiera hecho mejor que yo. R. I.

(62) Yo no tenía tenacidad mas que de retirar á mi Niger; y me era fácil el engañar á mi Albino. R. I.

había mandado inmediatamente que castigaran de muerte el amalecita que sostenía haber dado el golpe mortal á Saul, aunque Saul ya herido y disgustado de la vida, se lo había pedido por favor. Claudio mandó matar á Chercas y Lupo que habían dado muerte á Calígula, aunque este atentado le había elevado al trono. Vitelio impuso la pena capital á los autores del asesinato de Galba y Pison. Domiciano hizo morir á Epafrodite por haber ayudado á Neron á matarse, aunque una sentencia del Senado había condenado á Neron. Fernando, gran duque de Toscana, castigó de muerte á su cuñada Blanca Capela, que había envenenado al gran duque Francisco su marido. El primer cuidado de Carlos II, Rey de Inglaterra, al empuñar el cetro de su padre, fué vengar su muerte sobre diez de los más culpables regicidas; después de lo cual fué clemente muy á sus anchuras y sin peligro.....

do, quería dividir con él esta dignidad; y aun le envió el título de César, después de haber hecho declarar por el Senado que Severo se asociaba á Albino por colega (63). Este tuvo por sinceros todos estos actos, y les dió su adhesión. Pero luego que Severo hubo vencido y muerto á Niger; y habiendo vuelto á Roma, se quejó de Albino en Senado pleno diciendo que aquel colega, poco reconocido á los beneficios que había recibido de él, había tirado á asesinarle por medio de la traición, y que por esto se veía precisado á ir á castigar su ingratitud. Partió Pues, vino á Francia al encuentro suyo, y le quitó el Imperio con la vida (64).

Cualquiera que examine atentamente sus acciones, hallará que era á un mismo tiempo un león ferocísimo (65) y una zorra muy astuta. Se verá temido y respetado de todos, sin ser aborrecido de los soldados; y no se extrañará de que por más

(63) Así hice nombrar á Sieyes por colega mío en la comisión consular; y Roger-Ducos al que admití también en ella, no podía ser mas que una máquina de contrapeso á mi disposición R. I.

(64) No me eran necesarias tan grandes maniobras para desembarazarme de Sieyes. Más zorro que él, lo logré fácilmente en mi junta del 22 de frimario, en que yo mismo arreglé la constitución que me hizo primer Cónsul y relegó á los dos colegas á la jubilación de mi Senado R. I.

(65) No me reconvendrán de haberlo sido ni por asomo en esta coyuntura R. I.

Príncipe nuevo que él era, hubiese podido conservar un tan vasto imperio; porque su grandísima reputación (66) le preservó siempre de aquel odio que los pueblos podían cogerle á causa de sus rapiñas (j).

Pero su hijo mismo Antonino (l) fué también un hombre excelente en el arte de la guerra. Poseía bellísimas prendas que le hacían admirar de los pueblos y querer de los soldados. Como era guerrero, que sobrellevaba hasta el último grado toda especie de fatigas, despreciaba todo alimento delicado, y desechaba las demás satisfacciones de la molicie; le amaban los Ejércitos (67). Pero como á puro matanzas, en muchas ocasiones particulares había hecho perecer una gran parte del pueblo de Roma, y todo el de Alejandría, su ferocidad y cruel-

(66) La mía no puede ser mayor por ahora; y la sostendré. R. I.

(67) No omití en las ocasiones este medio de adquirir su amor. R. I.

j. Con arreglo á lo que Dion cuenta del genio de Séptimo Severo, no causará extrañeza que Napoleón le haya cogido aquella inclinación de imitación que acaba de notarse. Séptimo, según este historiador, tenía más inclinación que disposición intelectual para las ciencias; pero era firme é inalterable en sus empresas, lo prevenía todo, y pensaba en todo. Amigo generoso y constante, enemigo violento y peligroso; era por lo demás trapacero, disimulado, mentiroso, pérfido, perjuro, codicioso, y lo refería todo á sí mismo,

l. Se sabe que Caracalla se hacía llamar. *Antonino el grande, y Alejandro.*

dad sobrepujaban á cuanto se había visto en esta horrenda especie, le hicieron extremadamente odioso á todos (68). Comenzó haciéndose temer de aquellos mismos que le rodeaban, tan bien que le asesinó un centurión en medio mismo de su ejército.

Es preciso notar con este motivo que unas semejantes muertes, cuyo golpe parte de un ánimo deliberado y tenaz, no pueden evitarse por los Príncipes; porque cualquiera que hace poco caso de morir tiene siempre la posibilidad de matarlos (*m*). Pero el Príncipe debe temer menos el acabar de este modo, porque estos atentados son rarísimos (69). Debe únicamente cuidar de no ofender gravemente á ninguno de los que él emplea (70), y especialmente de los que tiene á su lado en el servicio de su principado, como lo hizo el Emperador Antonino Caracalla. Este Príncipe dejaba la custodia de su persona á un centurión á cuyo hermano había mandado

[68] Poco hábil. R. I.

[69] Na acaecen nunca, cuando el Príncipe impone respeto con una grande entereza genial. R. I.

[70] Cuando uno los ha ofendido, es preciso absolutamente apartarlos, mudarlos, desterrarlos honrosamente ó no.

m. Séneca lo dijo: "El que hace corto aprecio de su vida, es dueño de la de su Príncipe; *Quisquam vitam suam contempsit, tuum dominus est*, (Séneca. ep. 4.)

él dar muerte ignominiosa, y que hacía diariamente la amenaza de vengarse. Temerario hasta este punto, Antonino (71) no podía menos de ser asesinado, y lo fué.

Vengamos ahora á Cómodo (72) al que le era tan fácil conservar el Imperio, supuesto que le había logrado por herencia como hijo de Marco. Bastábale seguir las huellas de su padre para contentar al pueblo y soldados. Pero siendo de un genio brutal y cruel, y queriendo estar en proporción de ejercer su rapacidad sobre los pueblos, prefirió favorecer á los ejércitos, y los echó en la licencia. Por otra parte, no sosteniendo su dignidad porque se humillaba frecuentemente hasta ir á luchar en los teatros con los gladiadores, y á hacer otras muchas acciones vilísimas y poco dignas de la Majestad Imperial, se hizo despreciable aun en el concepto de las tropas. Como estaba menospreciado por una parte, y aborrecido por otra, se conjuraron contra él y fué asesinado (73).

Maximino, cuyas prendas nos queda que exponer, fué un hombre muy belicoso. Elevado al Imperio por algunos Ejércitos disgustados de aquella

(71) Decid: necio, estúpido, embrutecido. R. I.

(72) Lastimoso; no es digno de que yo detenga un instante mis miradas en él. R. I.

[73] Era justicia. No podía uno ser más indigno de reinar. R. I.

molicie de Alejandro que llevamos mencionada ya, no lo poseyó por mucho tiempo, porque le hacían despreciable y odioso dos cosas (74). La una era su bajo origen (75), pues había guardado los rebaños en la Tracia: lo cual era muy conocido, y le atraía el desprecio de todos. La otra era la reputación de hombre cruelísimo, que, durante las dilaciones de que usó, después de su elección al Imperio, para trasladarse á Roma y tomar allí posesión del trono Imperial, sus Prefectos le habían formado con las crueldades que según sus órdenes ejercían ellos en esta ciudad y otros lugares del Imperio [76]. Estando todos por una parte, indignados de la bajeza de su origen; y animados, por otra, con el odio que el temor de su ferocidad engendraba, resultó de ello que el Africa se sublevó desde luego contra él, y que en seguida el Senado con el pueblo de Roma y la Italia entera conspiraron contra su persona. Su propio Ejército, que estaba acampado bajo los muros de Aquilea, y experimentaba suma dificultad para tomar esta ciudad, juró igualmente

[74] El ser despreciado, es el peor de todos los males. R. I.

(75) Hay siempre medio de encubrir esto. R. I.

(76) ¡Porque no las desaprobaba él después mandando castigarlos! R. I.

su ruina [77]. Fatigado de su crueldad, y no temiéndole ya tanto desde que él le veía con tantos enemigos, le mató atrozmente.

Me desdeño de hablar de Heliogábalo, Macrino, y Juliano, que, hallándose menospreciados en un todo, perecieron casi luego que hubieron sido elegidos; y vuelvo de seguida á la conclusión de este discurso, diciendo que los Príncipes de nuestra era experimentan menos, en su gobierno, esta dificultad de contentar á los soldados por medios extraordinarios [78]. A pesar de los miramientos que los soberanos están precisados á guardar con ellos, se allana bien pronto esta dificultad, porque ninguno de nuestros Príncipes tiene cuerpo ninguno de Ejército que, por medio de una dilatada mansión en las provincias, se haya amalgamado en algún modo con la autoridad que los gobierna, y administraciones suyas [79], como lo habían hecho los Ejércitos del Imperio romano [*n*]. Si convenía entonces ne-

[77] Es digno de ello, el que deja llegar las cosas á este punto. R. I.

[78] No me embaraza ella efectivamente. R. I.

(79) Mudar á menudo las guarniciones. R. I.

n. Admitidas las legiones de Alemania en los ejércitos romanos, se jactaban de poder disponer del Imperio: "Suá in manu sitam rem romanam, suis vicis augeri rempublicam, in suum cognomentum adscisci Imperatores." (Tácit., Ann. 1.), Evulgato imperii arcano posse Príncipem alibi quám Romæ fieri (Hist. 1.) et posse ab exercitu Príncipem fieri." (Hist. 2).

cesariamente contentar á los soldados más que al pueblo, era porque los soldados podían más que el pueblo. Ahora es más necesario para todos nuestros Príncipes, excepto sin embargo para el Turco y el Soldan, el contentar al pueblo que á los soldados, á causa de que hoy día los pueblos pueden más que los soldados [80.] Exceptúo al Turco, porque tiene siempre alrededor de sí doce mil infantes, y quince mil caballos de que dependen la seguridad y fuerza de su reinado (81). Es menester por cierto absolutamente que este soberano, que no hace caso ninguno del pueblo, mantenga sus guardias en la inclinación á su persona (82). Sucede lo mismo con el reinado del Soldan, que está todo entero en poder de los soldados; conviene también que él conserve su amistad, supuesto que no guarda miramientos con el pueblo (83).

Debe notarse que este estado del Soldán es dife-

[80] Mi interés quiere que se mantenga entre unos y otros una cierta balanza que no puede hacer inclinar ya de un lado ya de otro. R. C.

[81] Mi guardia imperial puede en caso necesario hacerme las veces de Genízaros. R. I.

[82] Debo hacer otro tanto. R. I.

(83) Miramientos ó no, es preciso tener una fuerte guardia con la que uno pueda contar, aun cuando hubiera deserción entre las otras tropas, que se apegan muchísimo todavía al pueblo. R. I.

ferente de todos los demás principados, y que se asemeja al del Pontificado cristiano, que no puede llamarse principado hereditario, ni nuevo (84). No se hacen herederos de la soberanía los hijos del Príncipe difunto, sino el particular al que eligen hombres que tienen la facultad de hacer esta elección [85]. Hallándose sancionado este orden por su antigüedad, el principado del Soldan ó Papa no puede llamarse nuevo, y no presenta á uno ni otro ninguna de aquellas dificultades que existen en las nuevas soberanías. Aunque es allí nuevo el Príncipe, las constituciones de semejante estado son antiguas, y combinadas de modo que le reciban en él como si fuera poseedor suyo por derecho hereditario (86).

Volviendo á mi materia, digo que cualquiera que reflexione sobre lo que dejo expuesto, verá que el odio ó menosprecio fueron la causa de la ruina de los Emperadores que he mencionado. Sabrá también por qué habiendo obrado de un modo una par-

[84] La comparación es curiosa, atrevida, pero verdadera á los ojos de todo meditador político. R. I.

[85] Los cardenales hacen efectivamente al soberano temporal de Roma, como los magnates de Egipto hacían á su Soldan. R. I.

[86] El serlo así, es la más excelente suerte de la rueda de la fortuna. R. I.

te de ellos, y de un modo contrario otra, solo uno, siguiendo esta ó aquella vía, tuvo un dichoso fin, mientras que los demás no hallaron allí mas que un desastrado fin. Se comprenderá porque Pertinax y Alejandro quisieron imitar á Marco no solamente en balde, sino tambien con perjuicio suyo, en atención á que el último reinaba por derecho hereditario, y que los dos primeros no eran mas que Príncipes nuevos (87). Aquella pretensión que Caracalla, Cómodo y Maximino tuvieron de imitar á Severo, les fué igualmente adversa, porque no estaban adornados del suficiente valor para seguir en todo sus huellas.

Así pues, un Príncipe nuevo en un principado nuevo, no puede sin peligro imitar las acciones de Marco; y no le es indispensable imitar las de Severo (88). Debe tomar de éste cuantos procederes le son necesarios para fundar bien su Estado; y de Marco, lo que hubo, en su conducta, de conveniente y glorioso para conservar un Estado ya fundado y asegurado (89).

(87) Hay algo bueno en cada uno de estos modelos; es menester saber escoger. Unicamente los tontos pueden atenerse á uno solo é imitarle en todo. R. I.

[88] ¿Quién será capaz de seguir las más? R. I.

(89) Perfectamento concluido; pero todavía no puedo desistir de los procederes de Severo. R. I.

CAPITULO XX.

SI LAS FORTALEZAS Y OTRAS MUCHAS COSAS QUE LOS
PRINCIPES HACEN CON FRECUENCIA,
SON UTILES Ó PERNICIOSAS

Algunos Príncipes, para conservar seguramente sus estados, creyeron deber desarmar á sus vasallos; y otros varios engendraron divisiones en los países que les estaban sometidos. Hay unos que en ellos mantuvieron enemistades contra sí mismos; y otros se dedicaron á ganarse á los hombres que le eran sospechosos en el principio de su reinado. Finalmente, algunos construyeron fortalezas en sus dominios; y otros demolieron y arrasaron las que ya existían (1)

Aunque no es posible dar una regla fija sobre todas estas cosas, á no ser que se llegue á contemplar en particular alguno de los estados en que hu

(1) Un mismo Príncipe puede verse obligado á hacer todo esto en el curso de su reinado, según el tiempo y circunstancias. R. I.